



Mario J. Paredes
Chief Executive Officer
mparedes@somoscommunitycar
e.org 646.979.7613

El Cuerpo como Espejo del Alma: Hacia una Medicina de la Persona

La medicina contemporánea se encuentra hoy en una encrucijada en la que la eficacia técnica parece haber eclipsado la profundidad del acto sanador. A menudo, el brillo de los avances tecnológicos y la precisión de los nuevos fármacos nos deslumbran tanto que terminamos viendo al paciente no como un semejante, sino como un conjunto de procesos biológicos que funcionan de forma mecánica. Si algo falla, buscamos la pieza dañada para repararla o sustituirla, olvidando que el ser humano no es una máquina, sino una unidad indisoluble de cuerpo y espíritu. Esta visión técnica, aunque necesaria para el progreso, ha generado una fractura en nuestra cultura médica, donde el cuerpo se somete a leyes físicas y lo espiritual, lo psíquico y lo emocional quedan relegados a un plano secundario, casi opcional. Es urgente recuperar una visión que supere este utilitarismo y devuelva al médico su papel de verdadero sanador, alguien capaz de mirar más allá del síntoma y comprender que la enfermedad es, muchas veces, un lenguaje que debemos aprender a descifrar para llegar al centro de la persona.

Para comprender esta unidad esencial, debemos recordar que el dolor nunca es un evento puramente físico que ocurre en el vacío. Desde los orígenes de la sanación, se ha comprendido que la palabra y la presencia tienen un peso real en la biología de quien sufre. La voz y el gesto del médico son herramientas fundamentales que influyen directamente en la respuesta del paciente. Hoy sabemos con certeza que el impacto del mundo interior en nuestra fisiología es tan potente que factores psicológicos extremos o crisis vitales pueden desencadenar colapsos físicos reales y medibles. La creencia, el miedo y la esperanza no son abstracciones, sino fuerzas biológicas capaces de alterar el ritmo del corazón o la respuesta de nuestras defensas. Esto otorga al profesional de la salud una responsabilidad que va mucho más allá de la simple prescripción de sustancias químicas: le exige ser una persona de sólidos principios humanos que reconozca que su intervención se realiza sobre un misterio que no se agota en un diagnóstico de laboratorio.

Esta interdependencia nos enseña que la dimensión física y la dimensión interior están tan estrechamente unidas que constituyen una sola identidad. El desorden en una de estas áreas

conlleva con frecuencia la alteración de las demás. La paz interior y el equilibrio emocional generan una armonía que beneficia directamente al organismo, mientras que el sufrimiento silenciado o el conflicto ignorado termina, inevitablemente, por enfermar la carne. La salud, por tanto, no es simplemente la ausencia de una patología en un órgano determinado, sino un estado de armonía integral en el que el cuerpo actúa como espejo de lo que sucede en la profundidad del ser. Por ello, quien busca sanar una dolencia corporal debe estar dispuesto a mirar también hacia su raíz interna, y el médico debe tener la sabiduría necesaria para guiar ese proceso, aplicando la ciencia no como una receta fría, sino como un arte que se adapta a la realidad única de cada vida.

Frente a la fragmentación actual, es necesario que el profesional de la salud cultive la capacidad de ver al hombre de manera holística. No podemos seguir ejerciendo desde atalayas distantes, protegidos por la frialdad de los protocolos, sino que debemos sumergirnos en la humanidad más real del paciente, conociendo su entorno, su cultura y su historia cotidiana. El carácter de una persona y su forma de enfrentar la vida determinan, en gran medida, la forma en que su cuerpo expresa el malestar. La formación médica, por tanto, no puede limitarse a acumular datos técnicos, sino que debe estar sustentada en una visión que entienda que el cuerpo es la manifestación externa de una vida interior que lo anima y le da sentido. Cada individuo posee una misión única y un valor absoluto que proteger, y humanizar la atención significa, precisamente, reconocer esa dignidad trascendente en cada encuentro clínico.

Un ejemplo claro de esta unidad se observa en aquellas patologías que hoy afectan a una gran parte de la población, como los trastornos digestivos crónicos o las enfermedades del sistema inmunitario, cuyas causas no pueden ser respondidas con los exámenes actuales o la forma técnica de atender el cuerpo. En muchos de estos casos, el malestar no es más que una respuesta del cuerpo ante lo que podríamos llamar un "nudo vital". Este nudo representa un conflicto profundo, una herida en la biografía del paciente o un sufrimiento antiguo que no ha sido resuelto y que termina manifestándose a través de procesos inflamatorios o alteraciones funcionales. Tratar estas afecciones únicamente con fármacos es silenciar la voz del cuerpo sin escuchar su mensaje; es un abordaje incompleto que deja al paciente expuesto a que el síntoma

regrese, porque la crisis que le dio origen sigue activa y callada en su interior. Sanar requiere, entonces, el valor de desamarrar ese nudo, integrando la atención física con la escucha del espíritu. Recordemos siempre que, a diferencia de otras especies, el ser humano no tiene historia: es biografía: un cúmulo de experiencias que hablan de la persona como un ser en relación, que se abre al mundo y a los otros, y cuya sanación va de la mano de conocer y acompañar en esa biografía, en esa vida.

En definitiva, la medicina debe impregnarse de una visión que reconozca al ser humano como un todo, cuya vida tiene un valor incalculable desde su inicio. La sanación auténtica consiste en devolver a la persona la armonía con su propia verdad para que pueda recuperar su proyecto de vida. Si nos limitamos a ser operarios que resuelven problemas técnicos, estaremos fallando en nuestra vocación más profunda. Hoy, cuando los esfuerzos parecen centrarse exclusivamente en lo material y lo tecnológico, se echa de menos una atención que considere al hombre en su integridad. Necesitamos una práctica que no se conforme con tratar enfermedades, sino que busque sanar personas, cumpliendo con la promesa hecha al aceptar el código hipocrático. Solo a través de este encuentro humano y sincero, donde la ciencia se pone al servicio del misterio de la vida, podremos devolver a la medicina su verdadera grandeza y su capacidad de transformar la existencia de quienes sufren.

Mario J. Paredes es director ejecutivo de SOMOS Community Care, una red de asistencia social con más de 2500 profesionales independientes, responsable de atender y brindar atención a más de un millón de pacientes de Medicaid en la ciudad de Nueva York.